

XVII.

Sus caballos los moros recogiendo,
Rápidos se aperceben á lanzarse;
Súbito á un tiempo en alarido horrendo
Arrancan con nosotros á encontrarse;
El impetu, las voces, el estruendo
Tornan en són confuso á redoblar-se;
El acero saltando centelléa,
La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII.

Retumba el valle: al golpe repetido
Sobre las armas de la hendiente espada,
Salta el arnés al suelo sacudido,
La cimera gentil gime abollada:
No más veloz, cuando el metal ardido
Labra el martillo en la caverna ahumada,
Sobre el fornido yunque horrendo bate,
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX.

Hombres con hombres con furor se estre-
Con golpes reciamente redoblados, (llan
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,
Hienden, rajan, destrozan irritados;
Armas, muertos, caballos, carros huellan
Con espantoso estruendo derribados;
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
Envuelve el Guadalete juntamente.

XX.

Así en recio rumor bramando el viento
En las hondas cavernas de la tierra,
A deshora con impetu violento

Rompe la cárcel que su furia encierra;
Retiembla al choque el duradero asiento
En que el orbe firmísimo se aferra,
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
É imperios al no ser súbito hunde.

XXI.

En confusa revuelta la batalla,
Todos ardiendo en ira se encarnizan,
Vuela en pedazos la rompida malla,
Crudos golpes los cuerpos martirizan.
No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla
Cruzados hierros mil continuo erizan;
Hiérense, á herirse tornan y desprecian
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII.

En tanto el sol en su carroza de oro
Vibrando del zenit vivida lumbre,
Padre y monarca del luciente coro,
Mediaba el dia en la celeste cumbre.
Durs incierto el combate: altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre
Aguja su bridon, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII.

Arrolla á Atanagildo; la pujanza
Del fiero Téudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se abalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor, desolacion, muerte, ruina
Su alfange en alto aterrador fulmina.

XXIV.

Sancho, Sancho le ve: su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda;
Tercia su lanza, las ijadas bate,
Y al fogoso bridon suelta la rienda;
Parte á do el moro intrépido combate;
Llámale en alta voz á lid tremenda:
Vuelve el árabe á Sancho, el troton para,
Responde al grito y su furor prepara.

XXV.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escu-
Sobre el arzon el cuerpo amenazante, (do
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante;
Seren el rostro, en ademán forzado
Blande el mancebo el hierro centellante,
Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXVI.

No más pronto entre humo y fuego y true-
Rayo veloz del cielo se desata; (no
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebatá;
Ni montará torrente al valle ameno,
Ni súbito huracán, ni catarata
De ondisonante río, ni lava ardiente
Su arranque asemejáran impaciente.

XXVII.

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan; la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,

La robusta armadura despedaza;
La mitad de la lanza retemblando
El pecho al musulman fiero ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII.

«¡Maldición sobre ti!» gritale el moro,
Y ya su alfanje en alto resplandece;
Desploma el golpe en el metal sonoro,
Parte á Sancho el arnés y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrisono estremece,
Ni iracundo leon, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera;
El roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulman, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX.

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar resplandeció desvainada,
La esconde toda en el atarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la región sombría,

XXXI.

Crece entónces el impetu; el ruido
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita,
Su acento deja al moro estremecido,
Y ansia de gloria en el hispano excita.
¡Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazon te agita!
¡Oh Sancho! yo sí dividi tu gloria,
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII.

En medio la morisma enfierecida
Revuelve el héroe su tajante acero:
Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte: y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida;
Cede á su esfuerzo el árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII.

Apénas con ronca fatiga alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Séntese hincar los acieates fieros;
Ora si aún con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
Mas requemada furia y rábida impía.

XXXIV.

Héroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste ¡oh hijo de Rodrigo!
Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano á dividir contigo;
Astro menor, siguiéndole en su gloria,
Fui de su esfuerzo y su valor testigo.—
Al eco torna del clarín que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV.

Cual rojo alano en las batallas hecho,
Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado, su despecho
Muestra con ademanes impacientes;
Y ora pára tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue el conocido dueño
Con oscuro murmullo y torvo ceño;

XXXVI.

Así el héroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre, marchando perezoso,
Con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galán jóven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;
Ora guerrero intrépido le muestra
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII.

De monte en monte retumbando atruena
El fragor léjos del pasado estruendo:
El campo en són confuso en torno suena,

Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadalete férvido resuena,
Su curso entre cadáveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan,
Las rotas armas, y el vigor reparan.

EL CONSEJO.

XXXVIII.

Habló apenas, y presto del asiento
Cercano á la del Rey la augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento
En pié y armado reluciente brilla.
«Con ésta, dijo en varonil acento,
Y de la vaina alzó media cuchilla,
Al punto aquí castigaré al medroso
Que vil demande hasta triunfar reposo.»

XXXIX.

«¡Tregua! ¡Jamás! ó vencimiento ó muerte;
Que nunca fatigó, ni impuso miedo
Continúa guerra al corazón del fuerte,
Ni abatió de su espíritu el denuedo.
Quien ora intente abandonar la suerte,
Que ofrece á nuestras armas rostro ledó,
Es un cobarde y vil, y de ahora digo
Que ya me cuente á mí por su enemigo.»

XL.

Dijo, y fuego su vista derramada

En torno de nosotros despedía;
La mano en el recazo de su espada,
Ministra de la muerte, sostenía;
Y en su ademán y vívida mirada
Al genio de la noche parecía
Sobre la tempestad, cuando destina
El mundo todo á funeral ruina.

XLI.

«¡Ó triunfo ó muerte!» en grito altisonante
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
Los jóvenes mi voz, y en arrogante
Aspecto las espadas enpuñaron:
Con muestra humilde y plácido semblante,
Cuando á la voz del Rey todos callaron,
Opas el lábio de dulzura lleno
Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII.

«¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
Miro en vosotros, de la patria escudo,
El noble ardor que vencen los afanes
Y el pecho incita á combatir sañudo!
Tímidas ven las huestes musulmanes
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
Mortal temor sus corazones hiela.»

XLIII.

«Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
Y el lauro ciñe de inmortal victoria;
Goza, heredada al contemplar la llama
Que hará á tu hijo fatigar la historia;
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama,
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,

De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre.»

XLIV.

«Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado,
Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado,
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus ínclitos jóvenes serena,
Y tu ardimiento generoso enfrena.»

XLV.

Llegaba aquí, cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta:
El Rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto, y todo atento,
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI.

«No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que menos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que aun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde,
Yo desconozca misero y cobarde.»

XLVII.

«Mas ¡qué vale triunfar, qué el ardimiento,

Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guía?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¡Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada!»

XLVIII.

«Volved la vista ¡oh nobles campeones!
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caidos;
Hollados ved del moro los pendones,
Los pendones jamás antes vencidos;
Luego decid si galardón merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.»

XLIX.

«Descanso os pide el esforzado Ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso, sí, para despues más fiero
Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide sólo de reposo un dia,
Y os promete despues nueva osadía.»

L.

«Un dia solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor encienda,
La voz de guerra elévese inhumana
Y el sonoro clarin les aires hienda:
Gózate en tanto, ¡oh Rey! gócese ufana
Tu heróica hueste y su furor suspenda,

Y vosotros ¡oh nobles compañeros!
Dad á la vaina un punto los aceros.»

LI.

Así robando á la virtud su acento,
Dijo el inicuo, y de su lábio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro,
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Cesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronido horrisono el Averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado,
Y en daño suyo consintió gozoso:
Tembló al traidor el corazón malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos también con pecho confiado,
(Que nunca recelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

LIII.

Abierta entónces de Jerez ofrece
La altiva puerta el pueblo en su contento,
Y marchando magnífico aparece
Sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,

Y humildes gracias al empero asiento
Un virgen coro armónico levanta,
Y «hossana, hossana», sonoroso canta.

LIV.

Inmenso pueblo el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo.
Resuena sólo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocando el ánimo iracundo,
La hueste sigue en muestra respetosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

LV.

Preceden la alta pompa los pastores
Sacros ministros de Jesús divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino:
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y allí Rodrigo respetuoso guía
En pos la augusta ceremonia pia.

LVI.

Las tiendas cercan, y el glorioso acento
Se siente al eco resonar suave,
Calma su ruido misterioso el viento,
Suspende el canto embebecida el ave,
Bendice el campo de la lid sangriento
El sacerdote en aparato grave,
Tornan, y al muro majestuosos giran
¡Miseros! ¡ay! y júbilo respiran.

LVII.

El campo todo venturoso rie;
Allí la virgen tímida y atenta
La vista esparce, y el mancebo engrie
Su noble pecho y animarla intenta.
El padre anciano con placer sonrie
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
A sus ojos las armas, temeroso
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII.

Tremolan desplegadas las banderas
Guerreros nuestros en el campo moro,
Y relumbran gallardas las cimeras
Y armas y petos enmoldados de oro;
Suenan confusas voces placenteras,
Himnos alza tal vez juvenil coro;
Y fiesta y triunfo y algazara y canto
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO.

I.

Un alcázar de pórvido luciente
Junto al famoso Bétis se levanta,
Do la riqueza y esplendor de Oriente
Los muros y artesones abrillanta;
Las puertas son de bronce refulgente,
Y con soberbia y aparato espanta
Fuerte escuadron en torno de guerreros
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II.

Allí entre el oro y seda que atavia
Aromática estancia y opulenta,
Trono de bullidora pedrería
Al moro rey con majestad sustenta:
Torvos los ojos y la faz sombría
Ora el monarca pensativo ostenta;
Que arde su pecho en bárbaro coraje
Del rey de Murcia al temerario ultraje.

III.

En torno de él respetuosa imita
La córte toda su silencio triste,
Y de la sombra que su faz marchita

Su rostro cada cual cubre y reviste;
La saña misma que al monarca irrita,
En muchos nobles con furor asiste.
Y oculta á otros la cristiana injuria,
Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

IV.

Con ceño adusto un árabe altanero
Y de estatura y miembros de gigante,
Junto á la silla del monarca fiero
Fija en él su mirada centellante;
El silencio fatal rompe el primero
Con formidable muestra y arrogante,
Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorumpe, de callar cansado.

V.

«Aldaimon, Aldaimon, ¿á dónde el brío
Del musulman está? ¿dónde la guerra
Y del profeta santo el poderío
Que á las naciones miseras aterra?
Maldiga Alá la paz que da al impío
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.»

VI.

«Arma tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el ódio ahogar del nazareno impuro;
Del profeta los cándidos pendones
Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII.

Dijo, y rugando la cenuda frente.

VIII.

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,
Irás á dar á mi furor templanza,
Que yo, cual tú, también el ánsia apruebo
De gloria y de combate y de matanza;
Sienta ese rey, que con insulto nuevo
Mi corazon excita á la venganza,
Que si perdono al misero enemigo,
Del rebelde también doblo el castigo.»

IX.

«Vé, Soliman: las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento.»
Dijo, y le escucha el musulman apénas,
Cuando por medio en ademan violento
Rompe, y á obedecerle se retira,
Y celoso del Rey se abrasa en ira.»

X.

Con grata muestra entónces el tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho al uso mahometano,
Inclinando la faz, las manos llevan:
Luégo un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razonando elevan;
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente para.

XI.

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del inclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera!
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel día,
Que extendió la agarena monarquía.»

XII.

«Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegar-se,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII.

Dijo, y del trono aurífero descende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salon se extiende
Y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al Labrador medroso,
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

XIV.

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

I.

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salon, donde descansa
El moro Rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa,
Plácido canto que deleite inspira
Al són de blanda, regalada lira.

II.

Allí cercado del amable coro
Que el de las Houris célicas no iguala,
Quemada en pipa de ámbar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala;
Y mientras en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su lábio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves hondas á perderse sube.

III.

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor encienden,
Y, en partes horadado el pavimento,
Aromas mil á derramarse ascienden:
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV.

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptuosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

V.

Otra de silfas mil tropa lasciva
Con diademas de oro y de esmeralda
Saltando en danzas ágiles, festiva
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda;
Y deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellisimas revela.

VI.

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nada tal vez entre ella vea,

Rápido el pensamiento la traspasa;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al són suave de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII.

Sonrie acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

CUADRO DEL HAMBRE.

VIII.

Mas todo en vano fué: bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia;
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus victimas impía:
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confia,

Seco el pecho encontrando: ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

IX.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

X.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion: triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cuál, mordiendo en sí mismo en ánsia espira,
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

XI.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano:
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;
Los ojos con horror, sin movimiento,
Ávidos fija sobre el muerto hermano
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro cree que á los demás se esconde.

XII.

Las calles en silencio sepultadas
Sólo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos:
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cuál como grato pasto los devora.

XIII.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdenaron algun día:
Ora las aves de rapiña ahuyenta,
Avido el moribundo en su agonía
Disputando el festin, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XIV.

Cuál al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja:
Los dedos hince con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.

XV.

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante

Ahonda el pico con mayor porfía;
Mas el hambre le aprieta á cada instante:
El ave más profundizar ansia,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

.....

FRAGMENTO SEXTO

I.

.....
Era la noche: el trueno pavoroso
Rouco estallando en torno retumbaba,
Y en mar inmenso el cielo tenebroso
Con violento turbion se desgajaba;
El rápido relámpago lumbroso
Al aire desprendido serpeaba,
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría
Del orbe la honda base estremecía.

II.

Todo era horror, y en la comun tristeza
Único asilo el templo sacrosanto;
El muro abandonaba en su flaqueza
El guerrero español bañado en llanto;
El tardo incierto paso allí endereza
Inmensa turba con horror y espanto,
Y ante la imágen de Jesús postrados,
No osan alzar sus ojos aterrados.

III.

Lejos de todo solitario gime,
Cerrado en una lóbrega capilla,
Y negra pena el corazon le oprime,

El noble jefe de la gran Sevilla;
Ya no alienta su ejército; no esgrime
Ya triunfador la intrépida cuchilla,
Que embebecido en su pesar doliente,
Apénas mis cercanos pasos siente.

IV.

Yelmo y escudo aparte descuidados,
El anciano á sus piés tendidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,
Su diestra el rostro lánguido sostiene:
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan sólo los ojos á mi acento
Tornó hácia mí con leve movimiento.

V.

«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte,
Cuando se acerca inevitable y lenta, te,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y antes más bien el infortunio aumenta.
Mas ¡quien resistirá si un pecho fuerte,
Como es el tuyo desmayado alienta!»
Dije, y en tanto el misero gemía,
Y con endeble voz me respondía.

VI.

«Triste en verdad estoy; mas ¡ay! no es le-
La causa de mis lágrimas; dichoso ve
Tú mil veces, oh jóven, que hartó breve
Será tu padecer y hartó glorioso,
Por más que en tí con ímpetu se cebe
La cólera del hado rigoroso!
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.»

VII.

«Misero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oiré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando;
Inútil viejo de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Solo y en bien de mi ciudad confío,
¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brío.»

VIII.

Mi corazón de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
El noble anciano al ver acobojado,
Que tantas lides animoso vieron.
Su grave rostro del dolor marcado,
Do á par las penas que la edad pusieron
La mano que su frente encanece,
Pálido aún con majestad lucía.

IX.

«Teudis, le dije, el ánimo sustenta:
Álzate y viste la luciente malla,
Y el último respiro que te alienta
Esfuércese á la voz de la batalla.»
«¡Oh jóven! respondió: dime, ¡qué intenta
Tú inextinguible ardor! ¿Qué medios halla
De salvacion tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo:
Tu voz me reanimó; parto contigo.»

X.

Y esforzándose el héroe á levantarse,
Sostenido de mi marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse

Se vió la llama de su antiguo brío:
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío,
El fuego que su espíritu animaba,
En su pálido rostro reflejaba.

XI.

Entre tanto en el templo amontonados
Hombres, mujeres, niños se veían,
Y flaco el rostro, pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecían:
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucían:
A par del trueno el huracán bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII.

Los dos entónces tristes contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones;
«¡Noble esperanza del cristiano bando,
Exclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte:
Muramos, sí, pero con digna muerte.»

XIII.

«Si es fuerza perecer como valientes,
Perezamos al pié del patrio muro:
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes:
La paz, la sumisión, nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir. ¡Preferiréis al trance duro,

Que á cierta gloria y á venganza guía,
Tan dilatada y misera agonía!»

XIV.

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentían,
Que aún no apagado el generoso aliento,
Ni el entusiasmo bélico tenían:
Todos al punto luégo en movimiento,
Mi voz en derredor solo atendían.
«Guiad, dijeron; á morir marchemos:
Ansia de perecer todos tenemos.»

XV.

«Alto, dije, á la lid: la noche oscura
Protege ¡oh bravos! el intento mio:
Ó de una vez muramos con bravura,
Ó camino nos abra nuestro brío;
Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarbe impío.»
Dije, y al punto un escuadron formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI.

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angustia y de zozobra el alma,
Y el ánimo á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
A campo abierto impávidos salimos:
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan sólo el huracán y el trueno.

XVII.

Entre las densas sombras temerosos

En cieno y agua hundidos avanzamos,
 Y con ansia y fatiga, cuidadosos
 Cerca del campo musulman llegamos:
 Dóblase la zozobra, y silenciosos
 Ante sus tiendas lóbregas paramos;
 Prestas las armas, próximo el combate,
 De miedo el pecho y de esperanza late.

XVIII.

Mas á su voz por otra repetida,
 Pronta su hueste se presenta armada,
 Y con bárbaro ardor, y arremetida
 Fulminase á nosotros agolpada:
 En las cristianas lanzas recibida
 Fué su improvisa cólera estrellada.
 Torna al asalto y dobla la pelea;
 El tercio Ibero resistiendo ondea.

XIX.

Signe el rumor, la confusion se aumenta;
 Cuál hunde en las entrañas del amigo,
 Que apartado de él lidiando cuenta,
 El arma destinada al enemigo;
 Este, si descargar el golpe intenta,
 Por alto precipicio dá consigo;
 Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
 Y halla en el pecho la imprevista punta.

XX.

Cuál allí solo contra mil pelea,
 Y al frente y alrededor hiere y maltrata;

Y en tanto que la maza aquel rodea,
 Otro le oprime el brazo y la arrebatada.
 Ya un escuadron cejando titubea,
 Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
 Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
 Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.

CANTO Á TERESA

DESCANSA EN PAZ.

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Como de Dios al fin obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
A celebrar esta vivienda nuestra;
¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*María*, por D. Miguel de los Santos Alvarez.

¡Por qué volveis á la memoria mia,
Tristes recuerdos de placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
¡Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón sólo un gemido,
Y el llanto que al dolor los ojos niegan
Lágrimas son de hiel que el alma anegan.

¡Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de músicas sonoras,

— 177 —

Adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
Sus alas de carmin y nieve pura,
Al sol de mi esperanza desplegando,
Pasaban ¡ay! á mi redor cantando.

Gorjeban los dulces ruiseñores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aura susurraba entre las flores,
El bosque mansamente respondía,
Las fuentes murmuraban sus amores....
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡cuán suave resonó en mi oído
El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entónces, cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros suave
Orgullosa despliega su bandera,
Y al mar dejando que sus piés alabe
Su triunfo en roncós cantos va velera
Una ola tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora;

¡Ay! en el mar del mundo, en ánsia ardiente
De amor volaba; el sol de la mañana
Llevaba yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana;
Dentro de ella el amor, cual rica fuente
Que entre frescuras y arboledas mana,
Brotaba entónces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía

En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa, mi espíritu encendía,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Caton, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano Macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando:

El valor y la fé del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,
Jóven cautiva, al rayo de la luna,
Contemplando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda,
Tal vez inquieto y con mortal recelo;
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura:

A un tiempo mismo en rápida tormenta

Mi alma alborotaban de continuo,
Cual las olas que azota con violentá
Cólera impetuoso torbellino:
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino;
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo,
Que del barro al espíritu desprende;
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imagen peregrina
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos estáticos seguía
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mía:
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo
Léjos entre la nube se evapora;
Sobre las cumbres que florece Mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella:
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y en su planta huella,
Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusion figura,
Mujer que nada dice á los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oidos;
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del amor cumplidos,
Que engalana la rica fantasía
Goces que avaro el corazon ansía:

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella,
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusion de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su magia y galanura
Es espejo no más de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las Sifides y Ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Eden divinas:
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido,

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! ¡memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! qué imágen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusion primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡Ah! ¡dónde estais que no correis á mares!
¡Por qué, por qué como en mejores dias,
No consolais vosotras mis pesares?
¡Oh! los que no sabeis las agonías
De un corazon que penas á millares
¡Ay! desgarraron y que ya no llora,
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh dichosos mil veces, sí, dichosos
Los que podeis llorar! y ¡ay! sin ventura
De mi, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura.
¡Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazon, gimiendo de amargura!
Tambien tu corazon, hecho pavesa,
¡Ay! llegó á no llorar, ¡pobre Teresa!

¡Quién pensára jamás, Teresa mia,
Que fuera eterno manantial de llanto,
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto!
¡Quién pensára jamás llegase un dia
En que perdido el celestial encanto
Y caída la venda de los ojos,
Cuanto diera placer causára enojos!

Aun parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas,
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de Mayo serenas alboradas:
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves, ¡ay! como despues lloradas
Horas de confianza y de delicias,
De abandono y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermo-
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban, [sura:
Llanto tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud veian,
Y temblaban las horas que vendrian.

Y llegaron en fin, ¡oh! ¡quién impió
¡Ay! agostó la flor de tu pureza!
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Despues torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¡Cómo caiste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso!
Angel de luz, ¡quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso!
Aun cercaba tu frente el blanco velo
Del serafin, y en hondas fulguroso
Rayos al mundo tu esplendor vertia,
Y otro cielo el amor te prometia.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caido,
Y mujer nada más y lodo inmundo,
Hermoso sér para llorar nacido,
O vivir como autómeta en el mundo.
Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abrasára con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente,
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana;
Mas, ¡ay! huid, el corazon ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un dia
En que enredado en reforcidos lazos
El corazon, con bárbara porfia
Lucheis por arrancároslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron,
Las dulces esperanzas que trajeron
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron:
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afán tanto y tan sonada gloria
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡Al recordarte siento
Un pesar tan intenso! Embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el lábio mío:
Para allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazón punzante frío
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino
Cuando llegabas, misera, á perderte
Y era llorar tu único destino:
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino!
Feliz, la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,
Árido el corazón, sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosa
Ajarón del dolor los aquilones:
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazón secaron las pasiones:
Tus hijos ¡ay! de tí se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido;
Único desahogo en tu quebranto,
El histérico ¡ay! de tu gemido:
¡Quién, quién pudiera en infortunio tanto
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz! ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En tí, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta,
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazón; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero:
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
Abre su cáliz al naciente día,
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,
Y exalté tu inocente fantasía,
Yo inocente también ¡oh! cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor, ¡con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado
Levantar para ti soñé yo un trono:
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo, sin horas ni medida,
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Aridos ni una lágrima brotaban;
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices se cambiaban;
Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusión te abandonaban,
Y consumía lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura;

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento;
Si comparaste á tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento
A otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra mujer llamando;

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de tí gritándote severa;
Si, en fin, entónces tú llorar quisiste
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horren-
¡Espantosa expiación de tu pecado! [do!
Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,
Morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano, con los ojos fijos,
Y extendiendo tus brazos á tus hijos.

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!..... ¡Ay! yo entre
Dentro del pecho mi dolor oculto, [tanto
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto:
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, si; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¡Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo.....
Que haya un cadáver más ¡qué importa al
[mundo!